

*Esta es la historia que me cuenta mi padre al abrigo de las llamas de la chimenea cada vez que voy a visitarle, y yo quiero escribirlo en su honor y en el de mis otros padres, los que murieron ahogados en el pozo:*

Como dos horas antes del amanecer de aquel final del mes de septiembre de 1978, tía Inés, con la suavidad de siempre, me estaba colocando los calcetines cuando me desperté.

- Ya puedes poner los pies en el suelo sin enfriarte. Lávate bien la cara para que te espables, termina de vestirti y baja a la cocina. No te entretengas, como cada mañana, en el espejo; es ya tarde y tu padre te está esperando. Las botas las tienes, como siempre, junto a la puerta de la salida a las cuadras.

Ella era una apasionada de la ternura y la limpieza, nos tenía a mi padre y a mí viviendo en una especie de nube terrenal. Demetrio, mi padre, y ella eran hermanos de nacimiento y de destino..., y de algunas cosas más.

De destino porque las casualidades de la vida corrían de forma paralela en los dos. Cuando Adela, mi madre, se quedó embarazada de mí, también le sucedió a tía Inés.

La luna menguante del noveno mes de embarazo transformó esta coincidente alegría en fatal sincronía. Yo nací y mi madre murió. Dos noches después y en la misma cama, mi prima, a la que iban a llamar Patricia, vino al mundo con los ojos cerraditos. Mi tío, al ver frustrada su gran ilusión, se vino abajo tirando su sensatez al pozo sin fin de la bebida. Su esposa, pese a sus esfuerzos, no pudo rescatarlo y a los dos años los excesos de tragos se lo llevaron al cementerio.

Mi padre se hundió de una forma muy parecida, no en el alcohol, pero sí en el profundo abismo del trabajo por el trabajo; sobre todo en la huerta que teníamos al lado de la casa.

Fallecida mi madre, tía Inés se encargó de nosotros. Mi padre derribó el tabique que dividía las dos casas y comenzaron a vivir juntos a pesar de los decires de la gente. Aquella mañana, hacía ya siete años de las muertes de mi madre y mi primita, y cinco de la del tío.

Cuando bajé a la cocina mi padre tenía entre sus manos el tazón de leche caliente y en sus pies, como yo, unos gordos calcetines de lana. Era el pacto que teníamos entre nosotros para mantener limpio el suelo de la casa.

- Date prisa, hijo, quiero atravesar el pinar de Castrillo cuando salga el sol, y comenzar la bajada de Villaseca antes de que lo hagan los carreteros de la harinera; ellos van muy despacio y en esa pendiente es imposible sobrepasarlos. Si no somos los primeros en llegar allí, puede que hasta perdamos el camión de hoy, y no me gustaría tenernos que quedar un día entero en aquel almacén esperando al siguiente.

Yo sabía muy bien que eso era muy difícil que sucediera, siempre llegábamos dos o tres horas antes de que lo hiciera aquel sonoro vehículo. Mi padre quería que fuera así, entre otras cosas, porque le gustaba estar un rato con Eugenia, la lavandera.

La nave estaba a las afueras de Cantalejo, como a dos kilómetros del centro, junto a la presa del río donde muchas mujeres iban, con sus burros cargados de ropa, a lavar.

Nosotros acudíamos allí a descansar del viaje mientras esperábamos el camión de la ruta Segovia-San Sebastián. Cuando llegaba, teníamos que aprovechar la media hora de parada que hacía, para cargar las calabazas y acondicionarlas bien. No debían recibir golpes durante el trayecto, tenían que llegar en perfectas condiciones a las manos de Don Juan, el pastelero a quien se las remitíamos y al que nunca conocí.

Porque a esto se dedicaba principalmente mi padre, a cultivar calabazas en la huerta.

Eran unas piezas enormes, con una cáscara durísima que se ponía amarilla cuando maduraban. Su pulpa, dulce como el azúcar más refinado, se convertía, una vez cocida, en un delicioso manjar que te hacía subir al mismísimo cielo.

Y esto lo sabían muy bien tía Inés y me imagino también, que don Juan, el pastelero al que se las enviábamos a esa lejana ciudad del norte.

Como he dicho, a este señor, yo nunca lo vi, y dudo mucho que lo hiciera mi padre, porque nunca vino al pueblo, al menos que yo fuera consciente. Bueno..., después..., con el tiempo, supe a través de una anciana de la calle del cementerio, que sí..., lo hizo en el entierro.

No me gusta recordar esto, entre otras cosas, porque yo siempre me he imaginado a mi madre Adela con la misma pureza que tiene tía Inés. Sin embargo, al revolver en el baúl del “sobrao” después de aquel maldito “suceso”, encontré aquella carta escrita con caligrafía de maestro y tinta de enamorado en la que le pedía que fuera con él a San Sebastián.

No sé dónde, ni cuándo se conocieron ¡ni me importa! Sí sé, por el contrario, que durante un tiempo, y de alguna manera, fueron amantes.

Tan mal me cayó aquel descubrimiento que hasta llegué a dudar de mi paternidad.

Dudas aclaradas o no, la cosa es que al año de fallecer mi madre llegó a casa una carta con el primer pedido de calabazas. En el sobre, de gran formato y abultados bordes, había, junto a la hoja en la que se describían las condiciones del pedido, un trapo de esparto muy bien doblado en cuyo interior estaban unas cincuenta pipas de semilla de calabaza y un pagaré por quinientas pesetas.

Mi padre dudó mucho de aquel extraño paquete hasta que visitó a Don Alejandro, el director de la sucursal del Banco Bilbao que había en Cantalejo. Éste, tras examinar detalladamente el documento y comprobar la autenticidad del pagaré, nos dio, a los cinco días, las quinientas pesetas.

Y así comenzó la primera siembra que continuó, año tras año, con la única transacción de un cheque que se recibía en nuestra casa cada primeros de octubre por carta certificada; a cambio, desde mayo a septiembre, enviábamos un montón de calabazas a un desconocido pastelero de San Sebastián.

Esto me lo contaba mi padre una y otra vez cada vez que, como aquel día, hacíamos el viaje hasta el almacén de la Cámara Agraria.

Las primeras luces que rompían la noche nos pillaron a la altura del pinar, justo en la cantera de Jeremías, el bruto pedrero que siempre, cuando nos veía pasar, nos gastaba una broma pesada. Ese día, precavido, me puse de rodillas en el carro y, con cuidado, miré por encima de la talanquera. Sorpresa, ¡no lo vi! Aquella persona no me gustaba nada, ¡absolutamente nada!, aunque me diera magdalenas anisadas después de sus bufonadas.

Como el camino desde ese pinar hasta la gran bajada de Villaseca era llano, le pregunté a mi padre si quería que le sustituyera para que aprovechara a echar una cabezadita en la parte trasera del carro. Asintió, me dejó montar sobre la silla de Bayo, el más alto de los dos “machos”, y sentirme un rey adulto en su trono.

La mañana se fue viniendo poco a poco, como amasando un día que se presentaba, a priori, caluroso y limpio de nubes en el cielo.

Cantalejo lo atravesamos a media mañana por la calle del Ayuntamiento. Aquel momento no lo olvidaré nunca porque fue el último. Olía a harina fresca, a trigo candeal limpio del polvo de la era. Paramos el carro junto a la puerta de la tahona de la señora Antonia y compramos el pan. Y como otras veces, no pude reprimir el impulso de arrancar un “corrosco” de la hogaza recién hecha. Recuerdo la cara de mi padre al verme masticar aquella delicia.

Al cruzar la carretera de Segovia aparcamos el carro en la parte trasera de la nave. Mi padre llamó a la puerta de la casa de Aurelio, el guarda. Nos atendió su esposa.

-¡Demetrio! ¡Eres como un reloj que marca los años! Ya estás de nuevo aquí con tus calabazas. Mi marido y yo nos hemos acordado mucho de ti durante estos meses; eres el único, de todos los agricultores que conocemos, que se gana la vida enviando calabazas en camión a la ciudad.

-¿Cómo viene hoy?

-¡Cómo siempre, Demetrio, cómo siempre! Lento pero seguro. Hasta las tres no estará aquí. Hoy tendrás más tiempo para cargar tus calabazas. Aurelio tiene órdenes de limpiar bien los depósitos de combustible antes de llenarlos, y eso le llevará una hora más o menos.

Con esta información fuimos, como en años anteriores, a la pradera de las lavanderas en la ribera del río.

Cuando llegamos, toda la orilla hervía de bullicio, de risas y de algarabía de mujeres con lengua incansable.

Observé como mi padre miraba atentamente a cada una de ellas, y como le devolvían el cumplido con una sonrisa irónica y unos bajos comentarios con la compañera de al lado cargados de hiel. Yo sabía muy bien, a pesar de mi edad, que se reían de nosotros y de nuestro carro cargado de grandes calabazas.

Ella, a quien buscaba, no estaba y se entristeció; se lo noté perfectamente en la cara. Tomó el caldero que teníamos en la parte inferior del carro y dio de beber a los animales. Después, segó una gran cantidad de la hierba que había cerca del río y se la echó para que comieran. Revisó los arreos, aflojó alguna correa para que estuvieran más cómodos y los dejó disfrutar.

Extendimos la manta sobre el verde y nos dispusimos a digerir, de la mejor forma posible, la espera. Mi padre, como siempre, labrando con su navaja un palo verde, y yo vaciando una pequeña calabaza del tamaño de una pelota de frontón.

Me encantaba coger los pequeños hijitos, como yo los llamaba, que venían pegados a las grandes calabazas; sacar su pulpa y dejarlos secar. Me atraía el sonido a hueco que producían aquellos pequeños cascarones.

Y ella al final apareció.

Lo hizo por el camino que daba a la pradera; y como siempre, impetuosa, tirando del ramal de un burro marrón cargado con una especie de cestos de mimbre que contenían la ropa a lavar.

Mi padre, al verla, sonrió y, ajeno a los comentarios de aquel avispero de cotorras incansables, se acercó a ayudarle a descargar.

Como todo el lado del río estaba casi lleno, Eugenia se tuvo que poner, no sin quejas, en la parte alta, justo donde comienza la curva del meandro.

-¡Tendrás que tener cuidado cuando vayas a enjabonar, que yo ya estoy aclarando! – le decían sin reparos unas y otras.

Era una zona tranquila, un poco retirada y con las aguas algo más vivas que el resto de zona de lavado. Eso les venía bien a los dos porque se alejaban de aquellas orejas impertérritas.

El tiempo fue pasando lentamente. Ellos hablando, yo vaciando mi diminuta calabaza y las comadres yéndose poco a poco.

De vez en cuando observaba a mi padre y no me importaba lo que estaba haciendo..., al fin y al cabo yo no había conocido a mi madre y entendía, a pesar de mis siete años, que él, si le gustaba aquella chica, lo intentase de nuevo.

De esa mujer nunca llegué a conocer nada, salvo que estaba sola, o mejor dicho, que la abandonaron y la dejaron sin familia, sin alguien que quisiera saber de ella. La verdad es que nunca me preocupé de investigarlo, no me interesó. Ya se encargó, posteriormente, el cura.

A eso de las dos, cuando el sol estaba en todo lo alto, las lavanderas habían desaparecido por completo y ante mi vista sólo quedaban Eugenia y mi padre que seguía hablándole mientras ella lavaba.

Yo me tumbé sobre la manta y observé con detenimiento y complacencia, aquel cielo azul pálido.

Los ojos, sin querer, se me cerraron despacio y no los abrí hasta que sucedió.

Oí un grito extraño, me levanté corriendo y fui hacia la orilla. Sólo pude ver sus cabezas entre las espadañas del otro lado. Sin saber cómo, sin llegar a comprender por qué, el río se los llevó.

El miedo, la impotencia y el no saber qué hacer me inmovilizaron.

-¡Padre!

El río se los tragó sin más, como si tuviera hambre, como algo normal para él... Me había quedado completamente solo, con los pies metidos en aquella agua fría y nerviosa.

Comencé a llorar y así estuve un buen rato hasta que lo oí. Al lado de la ropa, en una de las cestas, escuché el lloro incesante y desgarrador de un bebé.

Con miedo me acerqué y lo vi..., tenía la cara roja, al punto de la asfixia, con un llanto que antes nunca había oído.

Sin saber cómo ni por qué, lo cogí en brazos.

¡No paraba de llorar! Comencé a temblar.

¡Era una niña de unos tres meses!

Me acerqué con ella al carro y la tumbé con cuidado. Pese a mi tembladera, la desnudé y la limpié como pude, ¡Dios!, la limpié. Cogí una de las sábanas y la arropé.

A pesar de mis cuidados seguía llorando incesantemente y yo, al punto de la locura, no sabía qué hacer. Era un lloro aterrador. Entonces se me ocurrió, tomé la calabaza que había vaciado, metí en ella tres piedrecillas, taponé con un palo y la agité...; el tintineo aquel hizo el milagro. La niña dejó su llanto y me clavó sus ojos con una mirada que aún llevo clavada en el corazón.

Subí a la parte trasera del carro y la recosté sobre mi regazo mientras seguía moviendo aquel improvisado sonajero de calabaza.

De soslayo, como culpable de no sé qué, miré al río y no vi nada ni a nadie. ¡Qué tenía que hacer en un momento como ese! Juro por Dios que no lo supe.

El olor de aquel bebé, imagino, junto a mi estado de nervios, lo hizo todo. Me quedé, con ella en mis brazos, dormido.

Cuando desperté estábamos subiendo la cuesta de Villaseca. Me levanté con alegría esperando ver a mi padre montado sobre Bayo. Pero él no estaba allí, aquello no era un sueño, era realidad, una penosa realidad.

Comencé a llorar, como también lo hizo la niña y no lo dejamos hasta que llegamos a casa.

Todo aquel “suceso” ocurrió muy deprisa, sin ninguna explicación ni aclaración. Después sí, con el tiempo, vinieron todas y cada una de ellas.

Los cuerpos de mi padre y de Eugenia, la lavandera, los encontraron, dos días después, atrapados en la rueda del molino del puente viejo de Burgomillodo.

Los animales, sabios, sin nadie que los arreara y los condujera, nos llevaron hasta nuestra casa.

Cuando tía Inés me vio intenté explicárselo, pero la boca se me torció jugándome una mala pasada, no acerté a pronunciar palabra alguna. Ella, muy asustada, nos miraba con la cara que pone la incredulidad y la incompreensión. Se quedó, como yo, bloqueada y no supo muy bien lo que hacer hasta que Don Anselmo, el cura, la ayudó.

Fruto de aquel terrible golpe emocional, me aferré a aquella niña como quien se agarra a una tabla de salvación. Don Carlos, el médico, recomendó que sería bueno no separarme de ella y Don Juan, el juez, a petición de Don Anselmo, consintió.

Dos años después la bautizamos poniéndola Ángela porque a mí me gustaba aquel nombre.

Tía Inés, como no podía ser de otra manera, fue nuestra silente madre. ¡Cuánto le debemos!

Treinta años hace ya de todo esto y aún sigo viendo aquella orilla llena de juncos y carrizos.

La tía murió hace un poco más de un año. Ángela y yo somos marido y mujer. Cuidamos de ocho hijos, ninguno nuestro, todos adoptados porque la naturaleza no nos los ha querido dar.

Lo que nos sucedió aquel día nos cambió a tu madre y a mí la forma de comprender la vida, y por eso, por nada del mundo queríamos estar solos. Acudimos al orfanato de las hermanas Dominicas y les contamos nuestro caso.

Como sabes, sois tres niños y cinco niñas, a ti, la pequeña, te hemos puesto el nombre de Ángela, como el de mi esposa. Y casualidades de la vida, tus padres murieron ahogados en el pozo de tu casa antes de que te bautizaran: tu madre cayó mientras subía un caldero de agua, y su esposo, tu padre, se lanzó, desesperado, a rescatarla.

Por eso te queremos un poco más, pero sólo un poco más que a los demás.

Yo, como sabes, me sigo ganando la vida igual que lo hacía mi padre, con las calabazas. Los pedidos de San Sebastián dejaron de venir hace bastantes años, imagino que la ley de la vida se llevó al desconocido pastelero. Tuve que cambiar el negocio y por eso, desde entonces, voy de pueblo en pueblo vendiendo el dulce de calabaza que hace Ángela y regalando lo que más me gusta en este mundo: sonajeros de calabaza.